

Mensaje de un Monje-Poeta

Escribe: MANUEL BRICEÑO JAUREGUI

¿Curioso el título? Tal vez. Porque hay poetas que sienten, y callan. Y los hay que vibran, y cantan lo que sienten, y nos entregan el mensaje que les salta del corazón. Ellos se valen del lenguaje humano para expresar lo inexpresable. Y en esa lucha a muerte se quedan unas veces rezagados en lo vago, en lo común, y no merecen el nombre de poetas; o logran domesticar el rebelde vehículo de las palabras, y es entonces el milagro del arte. Su inspiración es en ocasiones dolorosos escarceos, se quedan con la flor de un verso en los labios, que no pudieron decir, o no pudieron estrenar:

*este verso imposible que no tiene aún palabras
y que es un laberinto de voces, un temblor...* (R. Cué).

Es que existen poetas de verdad. Y este, de quien vamos a tratar, es uno de ellos. Quizás no es conocido entre nosotros. Pero veremos cómo levanta con modestia la cabeza. ¡Y bien que sobresale entre los demás! Es una voz nueva. Es una voz de América. Nació en Méjico, y vive en España.

A los veinte años publica un primer libro de versos *El monje poeta*. Las *almas íntimas* lo acogen al momento con unánime sonrisa de simpatía. Reboza ingenuidad, frescura, primavera. Don Jacinto Benavente, al terminar de leerlo, confiesa que le ha hecho mucho bien, pero que debe leerse sobre todo en momentos de "decaimiento espiritual". Son las juveniles rimas del alma de este poeta nuevo. Tratemos de saborear esta poesía, tan lejana de esa que se liba en las revistas y periódicos de todos los días.

El monje en su celda. Cae la tarde. Se difunde la paz sedante que destila sobre su alma. Invulnerable silencio interior:

*¡Quién pudiera eternizar
la hermosura de esta tarde!...*

*Que ya no hubiera más horas,
que todo fuera este instante.*

*Parar el reloj del tiempo
en la hora de esta tarde.*

*Eternizar el hechizo
en que reposa el paisaje,
eternizar el vaivén
trémulo de los trigales,
y la corriente del río,
y el aroma de la tarde,
y que siga el sol muriendo
sin acabar de ocultarse,
que quede en eterna espera
la luna tras el celaje,
y la noche que se acerca
que nunca llegue a asomarse...*

*Y hacer que quede esa alondra
eternamente en el aire,
suspendiendo en la armonía,
de sus cantos el paisaje,
y destilando en mi alma
la paz profunda y sedante,
que yo siento aquí sentado
junto a mi celda fragante.
¡Todo en la bella postura
de esta tarde!*

Pero todavía, sobre el alféizar de la ventana de la celda, mira, se estremece y canta, sintiendo que es pobre, que nada posee:

*Tengo un cantarillo
que es todo mi haber;
un cuenco amasado
con barro, y en él
un bullicio de agua
de inquieto correr,
que canta allá dentro:
“Yo quito la sed”;
un bullicio de agua
que mi vida es...
Anda, Nazareno,
pide de beber.*

Mas reflexiona, vacía su corazón de niño ofreciéndole esa “agua humilde y pobre” que se va a perder de tristeza si el Señor la rechaza... Después, su silueta penitente se pasea por la huerta del monasterio:

*íbame por la vereda
de madre selvas en flor...*

La naturaleza fresca le conmueve, le abre el alma, eleva su espíritu. Mas él va deshojando penas, y el ruiseñor del convento responde en sus trinos a ese diálogo interior: *que sí, que piense en Dios*. Y en una maravillosa estrofa final condensa el misterio ascético de su corazón privilegiado:

*Tardes de sol, de esperanza,
de madre selvas en flor.
¡Cómo se esponjaba el alma
pensando a solas en Dios!*

De regreso, se sienta a la tosca mesa de roble, para hacernos una confidencia sencilla:

*...¿Sabes qué traje
cuando se puso el sol?
Un ramo con dos flores, el primero
que este año floreció.
En mi mesa lo tengo puesto en agua,
para verlo mejor.
...Un tallo adolescente, y en la punta
dos flores: Tú y yo.
Aunque se seque el que yo tengo en agua,
¡el nuestro, no, Señor!*

Otro día, mansamente, lentamente, con las manos metidas en las mangas, sale el monje a rezar el rosario. El paisaje reza con él. Al alba,

*para que el césped mojado
se cuaje de rosas blancas;*

a la tarde, con las sombras del camino,

*para ir sembrando de estrellas
la vereda solitaria;*

y a veces, al azar, por la enramada, con el gorjeo de las aves,

*para juntar a sus trinos
los que va diciendo el alma;*

o junto a la tierra que han arado los labriegos, para sentir

*y soñar que entre los surcos
de nuestro valle de lágrimas
pasando cuentas y cuentas
vamos sembrando esperanzas.*

Pero la vida no es solo sonrisas. También la muerte toca a los portalones jóvenes. —*¡Hermano, de morir tenemos!...* Las campanas hoy doblan a muerto. Un pastor viejo contempla las impresionantes hileras de monjes que acompañan la caja sencilla. —*¿A quién llevan?, pregunta el pastor. ¿Murió mozo?*

*—Veinticinco abriles
cumplido no había.
—¡Lástima de mozo!*

Y el rústico campesino refiere que a él se le murió un hijo de veinticinco años. Y “llorando moría”.

*—El de mi convento
al morir, reía...
...—¡Quién como él muriera!
Tengo yo setenta
y, ¡me costaría!...
Y a los veinticuatro
muriendo, reía.*

*Y el pastor miraba
la caja y decía:
—¡Ah! si fuera mozo
a fe que al convento
de fraile me iría,
por morir a gusto
como él se moría,
tengo yo setenta
y ¡me costaría!*

Pero hay mucho mayor intimidad todavía en este primer libro del Monje Poeta. Son esos días blancos, felices, de consolación. Solos están Cristo y el monje. Este le ha consagrado la vida en flor: desde entonces por El es eremita y es poeta:

*Siento frescura y calma en la espesura
más honda de mi ser,
donde canta arrullando mi ventura
un ruiseñor que sollozaba ayer.*

Y ese pájaro cantor estalla en gorjeos. Y el vate, loco de amor, corre por los caminos como si tocara un instrumento con dos ramas del campo:

*Yo tengo flores en casa,
que mi alma es un rosal.
Cuajado está de capullos,
¿qué sol me los abrirá?*

Por las flores se adivina el olor. Por eso las cuenta, “no se las quieran robar”. ¿Que para quién son?

*Pasando Dios por mi casa
vio el rosal y le gustó:
—¿En qué precio me lo vendes?
—No lo vendo, que os lo doy.

—Cuando esté lleno de flores
—dijo— lo vendré a buscar.
Y aquí me quedé esperando
el sol que las abrirá.*

La vocación es un misterio. Dios llama. Almas selectas para una vida que no es como la de los demás. De sacrificio, de silencio, de interioridad consciente, de entrega a los demás, sin un hogar para sí, sin egoísmo precisamente porque nada es para sí, con íntimo gozo de no pensar en los intereses personalistas sino en aquellos que son de la gloria del Creador. ¿Y cuál es el secreto, la última razón de ser del monje?

*Tengo un secreto escondido
en el cáliz de una flor,
y la flor conmigo viene
y a la flor la guardo yo.
¡Tengo un secreto escondido,
tengo un secreto de amor!*

Mas ¿por qué *escondido*? Y él responde: ¡para gozarlo mejor! Y aquí nos revela la clave de su vida monástica penitente:

*El que tenga un secreto
guardado en el corazón
no sabe lo que es la vida,
ni sabe lo que es dolor;
¡el sufrir fuera imposible
sin saber lo que sé yo!...*

Pero esta comunicación amorosa entre el barro y la Eternidad quisiera, feliz, publicarla a los cuatro vientos, y en la noche, cuando

*ya no se ven las flores ni el sendero,
todo es calma y silencio y en la llanura...;*

y cuando

*no se ha asomado aún ningún lucero
en la bóveda oscura,*

quiere él anticiparse a todas las criaturas, y salir convirtiendo su amor en una estrella, surtidor de luz en la noche. Y luego, a los pies del Crucifijo, ora el monje como queriendo deshojar su alma ante El, para mostrarle eternamente que cada pétalo le dice que se la entrega toda. Misterio de los místicos enamorados

de Dios, ¡que no comprendemos los profanos! Y llega el momento de peregrinar. Ahí está con su bordón y su concha. Solo espera la dirección:

*Yo desde aquí llego a ver
solo el umbral del sendero;
Tú, más alto, puedes ver
el umbral y el paradero.*

Acompañémosle. La oración del peregrino es sencilla, animosa, resuelta. Aguarda que le diga el Señor “por allá”, y emprenderá el viaje:

*Yo pensaré al caminar
que mi sendero es un brazo
que me quisiste alargar.
Por tu brazo echaré a andar
hasta que sienta al llegar
el calor de tu regazo.*

Y, en esta forma, prosigue el itinerario poético del monje. Unas veces levanta su corazón herido a Cristo, y le ofrece que lo guarde:

*Aquí vengo con él. Desde aquel día
que a muerte me lo hirió traidor estoque,
no sé qué hacer con él porque se aquiete,
ni sé dónde ponerlo que no llore;*

otras veces, pasado el viernes santo, le estremece el alba de resurrección: ¡es el Misterio Pascual! Son esos momentos de vivaz alegría conmovedora:

*¡Alba milagrosa,
la que a cada espina la convierte en rosa!*

Dialoga con María de Magdala, la que madrugó al sepulcro con aromas y mirra. Pero todo se ha transformado:

*¡Ea!, los que lloran,
salgan a sus puertas,
que hoy al sol se doran
de luz y de gloria las pupilas yertas,
¡que hoy tocan al alba para los que lloran!*

Mas... no todo es alegría, consolación y gozo siempre. Hay días en que el Dolor pasa visitando las calladas celdas. Y toca a la puerta: —¡Dolor, pasa!...

*Espera, porque yo mismo
saldré a descorrer la aldaba;
tocas lo mismo que Cristo
con su mano desgarrada...*

Y le hace seguir, le sienta a su vera. ¡Heroísmo que no conoce el mundo!

*—Yo encenderé, que anochece,
la luz tenue de una lámpara,
y a su reflejo pausado,
dolor peregrino, habla.*

Y el Dolor habla toda la noche, con voz suave, como se trata a los enfermos. El monje escucha, escucha, con los ojos siempre fijos en su cara:

*¡Cuánta luz me echan tus ojos,
dolor, al fondo del alma!*

Mas ha penetrado muy hondo, le ha destrozado, le deja abatido, sin palabras, ¡ser humano al fin!, tanto que

*el recordar mi pena me exaspera,
y a fuerza de sufrir ya no sé hablar.*

Y acude una vez más a los pies de su Crucifijo... —Maestro, te traigo un mudo más. Rompe el silencio de sus labios.

*Hoy no sé decir nada.
Vengo con ciego instinto hasta tu amor.
Torna el habla a esta pena cancerada,
porque hablándote olvide su dolor.*

Y necesita más silencio... El Dolor es como un niño que siempre está llorando. Sus pupilas se han encendido. ¡No habéis!

*No habéis junto a mi puerta
¡que vais a despertarme mi dolor!*

Pero al fin se recupera. Y desde la ventanilla de su celda contempla de nuevo el paisaje infinito con serena melancolía. Y reflexiona. Su alma es paz, perfume, aroma escondida,

*reconcentrado licor,
en el vaso de mi vida...*

*¡Dejad al alma que llore
su secreto y dulce mal!
¡Dejad la rosa que añore
la rama de su rosal!*

¡El monje no llora! aun cuando tenga “el alma crucificada, ¡temblando en carne viva”!... Y sale de nuevo al campo. Contempla las piedras humildes del río, buenas y dulces, que sirven para juntar las dos riberas, y que son como manos amigas

*siempre extendidas y abiertas,
que nos ofrecen sus palmas
para pasarnos sobre ellas,*

que son como las cuerdas del arpa del río, piedras que se asoman al espejo de la corriente para hacer el bien, para gastarse por los demás; y admira el monje en las tardes de luz y de gracias a esa mano que las creó, la adora, quiere mirarla y besarla. Que el divino fulgor del crepúsculo se le entra al alma como una cascada, y siente cercano a Dios. Por último, ve el poeta místico en un rincón del claustro un rosal de sangre, y le parece que

*un rosal es una mano
ungida de caridad,
que Dios extiende hasta el hombre
velada en verde disfraz.
Una limosna de flores
y de olor en él nos da.
Si tan bella es la limosna,
la mano, ¿cómo será?*

Para terminar pensando en el aroma de las rosas y la mano omnipotente que lo creó. El vate es un artista que va más allá de los colores y las cosas, que quiere ser más, identificarse con la belleza de las criaturas para subir más alto, para no quedarse en barro, como el agua de un vaso y la flor:

*El agua limpia y serena
tras el cristal transparente,
y en el agua una azucena
recién cortada y oliente.
¡Qué envidia de ser así!
¡Como aquel vaso que ví!*

Se nos ha revelado hasta ahora el alma sacerdotal y limpia del poeta ante la naturaleza, ante el dolor y ante la misma muerte. Pero no le hemos visto aún en relación con los demás. Un solo ejemplo, *Después de una confidencia*, bastará. Tan cristalina es la hermosura de las almas! ¡El, dice, ha tenido un alma ajena entre sus brazos!

*He tenido tu alma entre mis manos.
¡Qué bella transparencia!
Tengo aún con su aroma de inocencia
perfumadas las manos.*

*... Me has dejado tu alma. Dulce peso,
ni por oro de Ofir yo lo cambiara.
Hoy he visto sin velos, algo de eso
que antes vi tras los ojos de tu cara.*

*He tenido tu alma y he gozado
teniendo en mi poder tanta riqueza;
algo pensé robarte en mi pobreza
de tesoro tan rico y tan colmado.*

*Entera te la vuelvo. Tu flor toma;
la traté con amor y con cuidado.
Espero que algo se me habrá pegado
además de su aroma.*

COMILLAS — ITINERARIO LIRICO

Este primer libro que acabamos de analizar, está escrito a los veinte años apenas de edad. Poco después publica otro, que revela sin duda una evolución literaria. Los temas son inspirados en el arte: un cuadro estupendo, por ejemplo, del señor Marqués de Comillas, pintado por Sotomayor. La figura del magnate, el paisaje de fondo,

*el mar entre bruma,
y entre la bruma un velero;
porque es mi señor naviero
que por caminos de espuma
trajo el oro prisionero.*

En el lienzo, el Marqués da la espalda a la nave, porque su mirada está “en otra hacienda mejor”... La mirada es penetrante, llena de amor. En ese momento se ha abierto la puerta, y él se ha levantado con exquisita cortesía, porque antes

*en un sillón de nogal
estaba el Marqués sentado;
lo está diciendo el plegado
de ese manto abandonado
con descuido señorial.*

Descubierta la cabeza, tiene el señor de Comillas el bicornio en la mano, pues quizás el que la puerta abrió es su Soberano.

*Así Dios le encontraría
cuando le vino a buscar,
con tan ágil gallardía
de cuerpo y alma a la par.*

*—Vamos, Claudio, le diría,
y el Marqués le miraría
con su mirada de amor,
y sin volverse a mirar
su velero, seguiría,
con cristiana cortesía
los pasos de su Señor.*

En otro poema dialoga con el maestro Llimona ante su magnífica estatua en mármol de la *Resignación*, en la capilla-panteón de los Marqueses. Es una bellísima escultura que le hace reflexionar como este inmenso poeta sabe hacerlo. Luego, ante la *Puerta de las Virtudes*, en bronce, de la Universidad, piensa:

*para las seis doncellas pudorosas
seis versos he de hacer de bronce austero,
que su gesto viril yo no lo quiero
turbar con el halago de seis rosas.*

Y frente a otra escultura del maestro Llimona, en mármol, que cobija las ruinas viejas del cementerio, le cuenta que él sabe el origen de este *Angel de Espumas*, y conoce su historia junto al mar. Y fue que los hombres no entendían las iras del Cantábrico, instrumento de Dios. El mar entonces

*formó una mole inmensa con sus aguas,
brincó la valla del cantil de un salto,
y azotó con la espuma de su rabia
los alcores cercanos.*

*Y al retirarse el mar, sobre las ruinas
del viejo camposanto
quedó un jirón de espuma, convertido
en un ángel de mármol;
el gesto, como el mar, ardiendo en ira,
y la espada en la mano,
señalando las tumbas de los muertos
a sus pies sepultados.*

Sin embargo, su genio lírico vibra de nuevo con la naturaleza, místicamente sublimado y filósofo. Un día recorre la ría de Oyambre. Todo es allí reposo.

*Alma azul reconcentrada,
que devana mansamente
sus pensamientos de agua.*

El panorama tranquilo; las campanas llaman a oración; los álamos —como tantas almas— “sueñan, meditan y callan”. Y, como es natural, se identifica con el paisaje:

*El mar profundo a lo lejos
tiene su orgía en la playa...
y entra sin olas ni espumas,
de puntillas, por tu estancia.*

La playa es para el vate “curva grácil”, “como un ala de ángel / con plumón de espuma”,

*curva de cristal sonoro
como la línea de un arpa.*

El alba, con el último lucero, tiembla sobre el agua. Una barca
regresa,

*los marineros recuentan
los peces de la redada...
Sangran entre cuatro piedras
crepitantes unas brasas,
y en ellas se va dorando
de un pez sobrepuesto el nácar.
Huele a salitre y a hoguera
y a pez asado...*

Escena que le remonta al Tiberíades, aquella mañana de resu-
rrección... Y otra vez de pie contempla la roca inmortal avan-
zada sobre el Cantábrico:

*Peña Redonda, atrevida
balconada sobre el mar.
Observatorio de ensueños,
cátedra de inmensidad.*

Roca que parece una Rosa de todos los vientos, mientras la tierra
que en ella se alarga se ha hecho piedra

como un paso a medio dar,

cuando precisamente el alma da el paso al frente, y ¡echa a volar!

Y aquí permítasenos un salto lírico hasta el año 1956. El
23 de octubre los *magyares* se rebelaban y eran brutalmente
aplastados en su derecho de querer ser libres, de no tener más
encadenado el pensamiento y los ensueños. Ante esa iniquidad
el poeta grita conmovido con un nuevo libro de poesía *Sangre
de Hungría*:

*¡Nuestra hermana pequeña,
te hemos dejado sola!
Te asaltaron en pleno mediodía
en plaza abierta, en la mitad de Europa,
en el cruce del viejo mundo civilizado
y, ¡te dejamos sola!*

En realidad, los pueblos formaban corro al rededor de ella, la sangre y los ayes de la víctima salpicaban calientes la ropa de los circunstantes... Gritos, disputas, peroratas, pero nadie dio un paso hacia adelante. La aplastaron, y no en la selva bárbara, sino en plena plaza de Europa. La historia gritaba animando a las naciones: el Partenón, el Foro, las catedrales góticas, Aristóteles, Dante, el Arte, la Música, el Derecho de Gentes, veinte centurias de civilización,

*pero tuvimos miedo,
traicionamos los siglos,
y, ¡te dejamos sola!*

Y el monstruo querrá más presas, y habrá otra hermana menos en Europa.

*Tu pecado fue solo el tratar de ser LIBRE;
lo que Dios le dio al águila
y dio a la mariposa.
El pecado de tus hombres fue tan solo
llamar "mía" a su esposa,
llamar "mía" a su madre,
llamar "mía" a su hija,
llamar "mía" a la tierra de sus trigos muertos,
llamar "mía" —"mía sola"— a su alma...
¡esa la culpa toda!
Por esto que tenemos, ser libres, te mataron;
¡y siendo libres, te dejamos sola!*

Qué remordimiento para nuestras ciudades, ojerasas de pecado hasta el alba al ritmo salaz del jazz, mientras apuñalan a esta nación, de sangre sin secarse aún... ¡Y hablamos de justicia todavía! ¡El crimen contra un pueblo! ¡Una traición impune!

*No habrá una nación grande mientras dure el estigma.
Nadie alzará limpia la frente
mientras Hungría gima en su mazmorra...*

*Fue en la plaza de Europa.
Un claro mediodía.
Nos violaron la hermana más pequeña,
y, ¡la dejamos sola!*

Y clavando ese puñal de vergüenza en el alma del siglo XX cierra su voz el bardo, que no es solo un místico, ni un lírico. Es la encarnación de los oprimidos que expresa con las palabras crueles de la poesía lo que debiéramos gritar a todos los vientos de la justicia...

COMO LLORA SEVILLA

De nuevo en España. Una vibrante interpretación humana de la Semana Santa en Sevilla, como el bardo la ha entendido. Exquisito tesoro, mezcla de prosa poética y verso. Cien bellísimas páginas. Espiguemos un momento en este campo maduro, escrito a los 28 años de edad.

“Es muy difícil llorar bien..., escribe él. Por muchas causas. Pero Sevilla llora maravillosamente (...). Sevilla sabe Teología sin saberlo. La intuye y la adivina; y de la misma manera que un teólogo distribuye, cuenta y pesa sus argumentos, sus textos de escritura, sus congruencias de razón; así ella también, teológicamente, distribuye los claveles, los cirios, la música y los colores... Así, teológicamente.

No pone claveles rojos a los Cristos, y blancos a las Vírgenes por puro sentido estético; no, lo hace además por una razón teológica.

Fue una de las cosas que más me interesaron en la Semana Santa de Sevilla, notar la diferencia constante, de estudiada y consciente postura rígida, con que trata a los Cristos y a las Vírgenes.

Lo tiene todo clasificado; colores, luces, sonidos...

El Cristo irá siempre delante, el primero en el dolor y la ejemplaridad; la Virgen vendrá siempre detrás, llorando por El. El delante, ganando la gracia con su sangre y su mérito de Dios; Ella, detrás, distribuyendo esa gracia, con sus manos de Mediadora Universal.

Delante el Cristo, en la oscuridad; sin más luz que cuatro hachones oscilantes o cuatro candelabros, uno en cada extremo del “paso”. Pero las velas de los candelabros van defendidas por un guardabrisas de cristal, que hace a la luz más indecisa y mortecina; y los brazos del candelabro no son rígidos, sino de un

ligero metal vibrante que le da a la luz más misterio y temblor... Parecen caricias tristes de luna que se filtran entre los olivos en la Oración del Huerto; parecen temblores lejanos de relámpagos sobre los Cristos agonizantes; parecen ráfagas rojizas de las linternas de Judas en el prendimiento. Los Crucificados y los Nazarenos llevan poca luz; no les quiere dar más Sevilla.

Y van con su túnica lisa, sin bordados.

Y solo llevan claveles rojos, que si tienen el encanto de ser flores, junto a un Cristo tienen también la evocación amarga de la sangre viva. Un gran ramo de claveles rojos a los pies de la Cruz, como un charco de sangre. Todo el suelo del "paso" del Nazareno sembrado de claveles rojos, como sus huellas doloridas y descalzas.

Y no hay más ornato para Cristo. Sevilla, con supremo sentido, no les da música; ni siquiera una marcha fúnebre. Lo más un redoble seco y monótono que tiene eco de soldados romanos hacia el Calvario, o resonancias desgarradoras de martillazos sobre manos de carne.

Sevilla no da más.

Que vaya así, el Cristo. Que así lo quiso el Padre y así lo quiso El. El cielo en el Huerto le consoló con el Cáliz amargo de la pasión. Es la víctima. Lleva sobre sí los pecados de todos. Se nubla el sol de la Divinidad, y queda en las tinieblas de la noche del abandono la Humanidad Paciente. Así lo lleva Sevilla. En silencio. Respetando su dolor, pero sin atenuarlo ni disimularlo. El misterio de la Cruz. A la intemperie, sin palios, como estuvo en el Huerto y en la Cruz. Intemperie física e intemperie moral.

Es el hombre. Al hombre se le deja sufrir virilmente. Al hombre, cuando se le va a dar el pésame, o a consolar, se le coge la mano, se le aprieta, y se le dice secamente: "¡valor!".

Al hombre, sí; pero a la mujer, no.

A la mujer, no. Ahí viene detrás la Virgen. Y a Ella hay que consolarla. Por ser mujer: Sevilla tiene el culto de la feminidad, la mujer en Sevilla sabe que es la reina y todo lo domina. Y ese culto se lo ofrece Sevilla a la más bella y más santa de las mujeres. A la que es bendita entre todas ellas. Pero además de mujer, es madre. Y entonces Sevilla no sabe qué hacer con ella para consolarla.

Tiene que ir con el Hijo, dolorosa, transida. Bueno, que vaya. Pero ya se encargará Sevilla de arreglarla. ¡Y la ciudad del arte concentra entonces su sentido estético, su amor a la mujer, su adoración a la madre, su fe y su piedad y su locura por María, y crea esta maravilla que es el “paso” de palio. Para consolarla, para que no llore.

Que traigan claveles, pero solo blancos, con recuerdos de Anunciación y copos níveos de Belén. Que traigan cirios, muchos cirios, y que se los pongan todos delante para alumbrarla, pero para que el reflejo no le deje ver al Hijo que va muerto delante. Que traigan plata y le hagan un palio bordado para que no vea llorar las estrellas. Que traigan joyas, y se las prendan al pecho, porque le dijo el Ángel que estaba llena de gracia.

Y si la Virgen se empeña en llevar su puñal de Dolorosa, que se lo traigan, pero que sea de oro y cuajado de piedras. Y detrás que venga la música, y que toque siempre, para que no oiga el redoble seco que acompaña al Hijo, que toque una música suave y arrulladora como el olvido. Y que vengan todos los sevillanos y le canten, y le recen, y la aplaudan y le digan los más finos piropos.

Por eso, porque es una Mujer que llora y hay que consolarla.

Porque es una Madre y hay que mimarla.

Porque es la Virgen y hay que adorarla, si se pudiera.

¿Veis qué profundo sentido tiene Sevilla en sus cosas?

¿Veis cómo distribuye los claveles y la música con sabia mano teológica?”.

Con esta sentida introducción, que el poeta titula *Teología sevillana*, pasa luego a la descripción —¿cómo diríamos?— arrulladora, de la famosa Macarena:

“¿Quién hizo la Macarena? ¿Qué artista la talló? Ninguno. A la Macarena no la hizo ningún hombre. La hizo Sevilla. Y fue así.

La Virgen lloraba inconsolable la Pasión de Jesucristo. Las lágrimas no se dejaban ver salir de sus ojos cuajados. Y Ella estaba así, con su pañuelo blanco en sus manos, y su boca entreabierta llorando, llorando.

Era la Virgen de los Dolores. La que llora en todas las iglesias del mundo.

Y Sevilla la vio, y le dolió el alma, y se le saltaron las lágrimas, y la quiso consolar.

Se acercó a Ella, la miró, y viéndola llorar tan bonita, por consolarla le echó un piropo; un piropo con lágrimas:

—¡Olé, las mujeres bonitas!”.

“Y la Virgen, al oírlo, levantó los ojos y sonrió. ¡Y apareció la Macarena!”.

Hasta aquí el poeta. Y continúa pintando con palabras su rostro —“joyero de lágrimas, y sobre ellas la flor impalpable de una sonrisa”—, el pañuelito blanco de encajes en su mano, el nudo en la garganta de la Virgen, la boquita abierta “en donde quedó quebrado un suspiro”, y la sonrisa inefable en su cara de niña dolorida! Que no es la Virgen de los Dolores, sino otra completamente distinta. Unica en el mundo: ¡La Macarena! La que llora por su Hijo, y la que sonríe por el piropo amoroso de Sevilla.

Y el monje filósofo medita con hondo sentido humano: la mujercita con un cirio y un ramo de claveles, que sale de la iglesia limpiándose con la punta del delantal las lágrimas; el mocito alegre, rebozante de ilusiones, que busca una esperanza y una sonrisa..., todos acuden a Ella, espejo de gozo y dolor, suprema síntesis del alma humana, elemental y maternal maestra de pedagogía para los hijos que lloran y para los hijos que ríen.

Un Viernes Santo pasa el palio verde de la Macarena frente a una ventanita de la Calle de la Feria

*donde se asoma la niña
de cutis azul y ojeras,
la niña que mira triste
¡y está enferma!...*

Alma sencilla que grita dolorida a la Virgen:

*—“¡Tú que pasas, Esperanza,
sáname, que estoy enferma!”.*

Se cierran los cristales. Se aleja la procesión. Un año más. Otro Viernes Santo. Esta vez la niña enferma no puede abrir la ven-

tana, pero desde adentro hace a la Madre de Dios la misma súplica. Y la procesión sigue adelante. Otro año más.

*¡Ya no pases, Macarena!
¡Ya no te espera la niña
azul en la Calle Feria!
No hay nadie tras los cristales,
nadie en la ventana ciega,
nadie que te ponga un beso...
¡Ya no pases, Macarena!*

—“Deja que pase, que pase...”—
(cantó en el alba una estrella).
“Ella aquí no es Esperanza,
ni yo aquí soy rosa seca.
Ella es toda posesión
y yo rosa fresca, fresca...
Que pase, si en mi ventana
se copia el palio, no temas,
me asomaré a mis cristales
para besarlo, hecha estrella,
y se quebrarán de gozo
como un aplauso en la fiesta...”.

Otra escena, no menos conmovedora, es la de la Calle de los Alcázares, ante el convento de las Hermanas de la Cruz. Es el Domingo de Ramos. Las Hermanitas han sacado a la cancela sus jarras con flores blancas. El umbral está barrido. Frescura de rosas y yerbabuena. Cuando a la madrugada pase la Virgen de la Amargura, la alerta campanita convocará a las Hermanas, sentirase el aleteo de las puertas, el repique de rosarios sobre sayales penitentes, las escaleras presurosas se atestarán de palomas y de tocas blancas:

*La Virgen las ve entre lágrimas,
ellas mudas la contemplan.
Hay un silencio en la brisa
de la madrugada fresca,
y un diálogo de las vírgenes
con la Virgen se destrenza...
Diálogo de cristal blanco,
diálogo de nieve y seda,
diálogo de anunciaciones,
¡quién lo oyera!*

Ellas retornan a sus celdas de penitencia y oración. Pero Nuestra Señora ha pasado con claveles mustios “y lleva azucenas nuevas”...

No todas las imágenes de la Virgen en Sevilla son iguales. Todas tienen un *algo* que no se encuentra en las demás del mundo. “Un *algo* que está en la gracia de su cara, en lo grácil de su porte, en el garbo con que visten el manto y la corona. Y hasta en esa inefable finura con que llevan el pañuelo de encajes en su mano derecha”... Que, en resumidas cuentas, no son más que diversas expresiones de la riquísima sicología de la Madre de Dios. Los rostros de estas imágenes recogen toda la historia del llanto de María en sus diversas etapas. “Los fisiólogos y sicólogos han tratado de señalar la curva lógica del llanto, que va desde el sollozo inicial a las últimas lágrimas que se enjugan, pasando por el punto álgido y más alto de la curva que es el desbordamiento de las lágrimas. Sevilla puede reconstruir toda esta curva fisiológica del dolor de María en los rostros llorosos de sus Vírgenes. Porque todos acusan una etapa distinta en el proceso del llanto...”: la Virgen de la Amargura, la de las Lágrimas, del Rosario, de los Gitanos, de la Hiniesta, de la Victoria, de la Universidad, de Monserrat, del Valle, de la Estrella, de la Esperanza de Triana, del Museo, de la Carretería, de los Angeles, de la Luz, del Mayor Dolor y Traspaso... y la de la Macarena.

*Porque eres hija del llanto
de tantas mujeres bellas,
por eso, niña, tu encanto;
por su pena y su quebranto
tus flores y tus estrellas...*

¿Y los “pasos” de palio? Doce varales de plata, pulidos y trabajados por el amor del arte orfebre. “Lo suficientemente recios para sostener el techo del palio, y lo suficientemente gráciles para cimbrarse en el viento delgado de la noche”. Y en ellos el sentido de la medida. Son ángulos y líneas rectas, que sin embargo dan una “sensación indefinible y de gracia y femineidad”. Los doce varales, un juego de jarras y de candeleros del mismo metal, un bosque de cirios, una carga de claveles, dos candelabros de cola, un manto bordado en oro, una corona, joyas preciosísimas...

“Está uno esperando la procesión en una bocacalle estrecha. El primer anuncio del “paso” es la claridad, como de incendio movible, que avanza por el aire y las paredes de cal. Luego, de repente, aparece el palio. E indefectiblemente se le crispan a uno los nervios, y se le dilatan las pupilas, y se le entreabren los labios, y se le acelera el corazón y se estira inconscientemente sobre las puntas de los pies para verlo mejor, y se le escapa de los labios una plegaria muda, o un grito incontenido: ¡Míralo! ¡Ya está ahí! ¡La Virgen!”.

*¡Si yo pudiera, Señora,
ser también “paso” de palio!*

*De mis dos brazos te haría
los varales torneados.*

*De mis ojos, luz de cirios,
jarras de plata, mis manos.*

*Con el oro de mis versos
—todo un poema—, tu manto.*

*Mi juventud volandera,
fleco y borlas de tu palio.*

*Y con mi sangre, brazadas
de claveles encarnados.*

*Mis dos pies, los costaleros,
allá abajo.*

*Y mi corazón delante,
como capataz del “paso”.*

*El alma... , ésa la pondría
—pañuelo blanco— en tus manos,*

*porque enjugaras tus lágrimas
y yo bebiera su llanto...*

*¡Si yo pudiera, Señora,
ser también “paso” de palio!*

Demasiado largo sería compendiar lo que el poeta siente y expresa del Cristo de la Buena Muerte, la noche del Martes Santo, por la Calle de Placentines, con la honda emoción sevillana de vigorosa raigambre católica; y lo que siente Sevilla ante Je-

sús del Gran Poder, el de los azotes y salivazos, y Jesús de Pasión —el silencio que pasa dolorido—, con los ojos entreabiertos en que se adivina la noche con estrellas y celajes del Huerto...

¿Y la liturgia ambulante de los cirios? Bosques de cera de 152 cirios para los “pasos” de la Virgen... Arriba llora María, y abajo lloran los cirios: lágrimas de cristal y lágrimas de cera... ¿Y la música? Bandas, trompetas, tambores, oraciones entrelazadas, el ruido seco y acompasado de las varas de plata de los nazarenos, el tintineo de las borlas y flecos de las bambalinas, “el rumor de colmena de la cera que llora arrodillada”... ¿Y el silencio de los Viernes Santos en las madrugadas, en la Plaza de San Miguel?... ¿Y las inconfundibles saetas, espontáneas, amorosas, tan bellamente andaluzas, que pulverizan la noche!...

*Yo quisiera ser saetero
para hacerte una saeta,
y en ella mandarte entero
mi corazón de poeta.*

Faltaría hablar aún del *capataz* y de los *costaleros*, es decir, del práctico certero y seguro por las calles estrechas y las salidas difíciles, y aquellos innumerables anónimos de costal recio y áspero en la cabeza, que en las tinieblas de sus “trabajaderas” debajo de los “pasos” —obreros humildes de blancas alpargatas— sostienen todo el peso de gloria y ritmo de las procesiones sevillanas.

El *capataz*, ojos vigilantes y voz dominadora, intuición sagrada, ciencia litúrgica que se hereda de padres a hijos, a base de amor:

*—Este es, hijo, mi consejo
para ser buen capataz.
Tú empiezas y yo me alejo.
Amor para ser capaz.
Mucho amor, como este viejo,
y serás buen capataz...*

Por su parte, también los *costaleros* tienen su clave de sacrificio y oscuridad, de penitencia y perdón:

Costalero
es ser el viril de Dios;
es andar juntos los dos
por el mismo derrotero,
yo abajo, y arriba El
porque no rompa su piel
con las piedras del sendero...

Personaje sencillo, que es a la vez la causa de todo un mundo de efectos estéticos: el mundo de los ritmos vitales, humanos, verdaderos. El bardo imagina al humilde costalero, con sus alpargatas de esparto y su pobre camisa, en la mano izquierda el costal almohadillado que se ponía al hombro para sacar a la Virgen, a su llegada al cielo. El diálogo con el apóstol Pedro, con el Señor del Gran Poder, y... por último con Ella:

—¿No me conoces, Señora?
Que yo fui tu costalero.
¡Que me miren, Madre, ahora
esos ojos que yo quiero!
Fui tu tiesto y tu florero...
Tú arriba fuiste la flor;
sobre mis hombros de acero.
Tú llevabas el salero
de tu manto triunfador.
Y la gente te aplaudía,
la saeta te clavaba,
el piropo te encendía
y la noche te besaba...
y yo allá abajo decía
—tinieblas, polvo y sudor—:
“Por Ella soy costalero,
por Ella, porque la quiero,
por amor...”.
Y todo el palio temblaba
del goce que yo sentía,
y tu amor me bendecía
y tu pie me acariciaba...
Yo la tierra, Tú la flor;
por Ella fui costalero,
por Ella, porque la quiero,
por amor...

LA PRIMERA MISA

El mismo año en que se edita *Cómo llora Sevilla*, ve la luz pública otro mucho más íntimo: glosas autobiográficas con motivo de su ordenación de sacerdote. Que por sí solo merecería un mejor estudio, dados los variados matices de expresión, la hondura humana y divina de estos poemas, de este inmenso bardo cuyas manos de tierra tiemblan al sentirse ungidas para siempre:

“Manos de carne, que tocan a Dios espíritu y sostienen creadas al Creador.

Manos vírgenes, que bendicen todos los esponsales del mundo. Manos vírgenes, que huyeron la caricia de los hijos y a quienes besa filial la humanidad entera.

...Manos millonarias que reparten cada día el oro y los rubíes del Sacramento.

Manos reales que absuelven y condenan a los reyes.

Manos medicinales que curan las almas y extirpan sin sajar el cáncer más oculto.

...Manos divinas que traspasan las fronteras del más allá y tienen imperio en las sombras de ultratumba...”.

Lástima no tener espacio para gustar un poco la evolución poética de este aedo de una raza nueva, cantor de la vida, del alma, de la naturaleza. Bardo que ve lo que vemos los demás, pero que sabe penetrar, intuir, examinar con otros ojos, y nos muestra el camino de la belleza literaria con versos impecables e imágenes que respiran frescura, rocío matinal, claveles de los huertos caseros. Porque El ha sido

*un ladrón
obstinado de violetas.*

En efecto, al pie del altar, antes de su Primera Misa, confiesa sus pecados, roja la cara de vergüenza:

*Te debo en restitución
las violetas que robé;
por cada una traeré
un alma a tu corazón.*

Y nos cuenta sus memorias, sus preocupaciones, sus angustias, sus amores. El conserva, con celo bendito y cuidadoso, los recuerdos ligados a aquella primera vez cuando celebró la santa Misa:

*En una caja escondida
guardo una cinta de seda,
que es todo lo que me queda
del naufragio de esta vida.*

*Cuando la melancolía
llama a mi celda piadosa,
abro mi caja olorosa;
arpa de paz y poesía.*

*Y en la brisa vespéral
que aroma la rosaleda,
se extiende el lazo de seda
cual rúbrica de cristal.*

*A su reclamo y llamada
—pañuelo que el alma agita—,
se dan en mi celda cita
los recuerdos en bandada.*

*Esta cinta. . . Era yo un niño
de primera comunión,
vestido de blanco armiño
un jardín mi corazón.*

*. . . esta cinta la ponía
mi dulce madre en mi brazo
y mientras formaba el lazo,
—oigo su voz— me decía:*

*—“Como este lazo, Ramón,
consérvame el alma pura;
alma hasta la sepultura
de primera comunión”.*

*Con esta cinta otro día,
pues mi madre con amor
entre espliego y alcanfor
muy guardada la tenía,*

*mi santa madre me ataba
entre mimos maternos,
las manos sacerdotales
que un obispo consagraba...*

*Y en tanto que el nudo hacía
—siento el roce de sus dedos—,
con ojos suaves y quedos
sollozaba y sonreía...*

*Mi madre se fue. En la vida,
como reliquia, me queda
la blanca cinta de seda
en una caja escondida.*

*La miro como a una estrella
y he puesto en ella mi suerte;
solo pido que en mi muerte
me aten las manos con ella.*

*¡Quiero marchar de este suelo
con este lazo de seda,
para que mi madre pueda
soltar su nudo en el cielo!*

Pero sigamos un rato de cerca esos momentos íntimos, a solas, cuando piensa en su Consagración eterna, cuando él ha de convertir con las palabras milagrosas de Cristo, haciendo sus veces —“Haced esto en memoria mía”— y con su poder, el pan de nuestras eras en el Cuerpo del Capitán. Oigámosle cómo habla con la Hermana Espiga:

*Hermana espiga, la que estás granando
para ser en mis manos blanco trigo...
Camino de aquel día voy soñando,
déjame que esta vez sueñe contigo.*

*Hermana espiga. Esa. La elegida.
La que Dios enlazó con mi destino,
la que crece gemela con mi vida,
la que espera impaciente mi venida
—fiel a la cita— al borde del camino.*

*Yo no sé dónde creces, rubia hermana...
Pero sé que me aguardas. Sé que un día
cuando Dios esparcía
los granos de oro en tierra castellana,
en un grano escribía
mi nombre y mi destino, y le decía:
"En sus manos serás mañana
trigo de Eucaristía...".
Y sé que al ir rodando
por tantas sementeras,
entre el montón que han ido acumulando
las espigas de tantas primaveras,
sé que en tanto trasiego, vas soñando
conmigo... ¡y que me esperas!*

Y el monje poeta hace una oración por ella, quiere velar su pena y su alegría, no quiere que esté sola, porque ya llega el día, y en este verano se va a convertir en sus manos en el Cuerpo Eucarístico de Dios.

Y en estos días sublimes no pueden faltar las anécdotas divertidas, tan ingenuas como humanas, como la del monaguillo que —niño inquieto como todos— rompe las vinajeras, o porque se pisó la sotana, o porque tropezó en una grada, o porque se distrajo... Sollozo tristísimo del infantil travieso. Inconsolable. —No seas tonto, José Manuel, tú no rompiste las vinajeras... Fue la tía Concha que te empujó... —¿Verdad? —Pues claro, tonto, fue ella... Aurora de la vida que hace reflexionar al monje-poeta. Así quiere todas sus misas, como la primera cuando repicó alegre la campanilla de aquel niño. ¿Y cuando llegue su último día?

*Diré la misa postrera.
¡Ojalá cual la primera
que ayudó José Manuel!
No volveré a consagrar,
pero Tú, constante y fiel,
me vendrás a viaticar.
Dame entonces escuchar
desde aquel lecho de hiel
donde la muerte me humilla,*

*como una gota de miel
el alegre són aquel
de la clara campanilla
que tocó José Manuel.*

Y llega el instante conmovido —indefinible de debilidad y fortaleza— ¡cuando coloca la Hostia en los labios de su madre!

*Señor, Tú que quisiste nacer de una mujer,
y llamarla tu madre y agradecerla el ser;
Tú que sabes la deuda del infinito amor
que debemos los hijos, escúchame, Señor:*

*Al pasar por tus labios, Tú que sabes de besos,
págale tantos besos que me dieron a mí.
Esos labios me hablaron de tus amores, esos
cuando tú me llamaste, te dijeron que sí.*

*Al estar en su pecho, —recuerda el de María,
donde de niño hallaste la leche del amor,
págale tantos sueños como yo allí dormía,
paga con tu presencia su maternal calor.*

*Y cuando sientas dentro su corazón latir,
—¡corazón de mi madre!— bésamelo, Señor;
quítale las espinas que le puedan herir,
—¡clava en mí esas espinas!— y cíñelo de flor.*

*Por sus mimos, tu gracia. Por sus penas, tus rosas.
Y por la vida humana que ella ha encendido en mí,
alumbra en sus entrañas las fuentes rumorosas
de la vida divina que yo le doy en Tí.*

*Después de haber pagado mi deuda, Tú a tu vez
pága la que le debes como buen acreedor.
Tú le pediste el hijo, sostén en su viudez,
¡y ella te dio aquel hijo, con infinito amor!*

Y para los objetos —en apariencia humildes— de su misa tiene palabras hondas, delicadas, sacerdotales: para la *patena*

*—playa de arena dorada
donde cabe todo el mar—,*

para el *incienso* —lloro cuajado de un árbol—

*que luego en el ascua de oro
se hace aroma en el altar—,*

para los lienzos de lino, el alba blanca —mortaja del sacerdote—
y los demás ornamentos de los oficios santos... Y para sus her-
manas, y en la Misa de *Requiem* por el descanso de su padre...

*Esta mi voz humana a que obedeces,
es de mi padre el eco y resonancia.
Hablo como él hablaba. Muchas veces
siento que responden a distancia...*

Y las primeras confidencias de los viejos amigos con el nuevo
sacerdote: su *paternidad espiritual*.

—“A mí me costaría horrores dejar la vida de hogar...

—También a mí me costó... Y me cuesta.

—¿Qué te costó?

—Pues claro, ¿tú crees que no tengo corazón, que no conozco
las dulzuras de la propia casa, y que no adivino la ilusión de
formar otra caliente y acogedora?

A Ricardo le había tocado el punto débil. Le brillaban los
ojos.

—Eso, eso sí que es ilusión, me decía entusiasmándose—.
No sabes lo que he soñado en mi nuevo hogar.

...¿Dónde hay cosa más íntima y satisfacción más plena
que la paternidad? Salir del mundo dejando en él multiplicada
nuestra vida. Saber que uno se acaba, pero que queda esa estela
perpetua de los hijos, en que uno se eterniza. Tú vivirás una
vida fría, antihumana, y morirás con la misma frialdad a tu
alrededor. Y nadie te pondrá el último beso ungido de lágrimas
en la frente, ni te llorarán. Y será como si no hubieras pasado
por la tierra. Como un árbol estéril.

—Mentira, Ricardo— a mí también me había tocado el
punto débil—. Mentira; yo también seré padre, y de una pater-
nidad más fecunda y espléndida que la tuya.

—¡Metafísicas!

—No, no. Escucha. Realidades. ¿Para qué me has llamado, sino para que bendiga tu boda? Para que esa vida de hogar que tú has exaltado sea sana y pura en su fuente. Y luego, cuando nazca tu primer hijo llamarás a otro sacerdote para que le dé, a pesar tuyo, una vida mejor que la que tú le has dado: la vida del alma. Y cuando en ese hijo se muera la vida del alma por un pecado, no podrás tú, sino un sacerdote, resucitarla. Y luego, Ricardo, cuando en el lecho de muerte se acabe de veras la vida terrena que tú le diste a este hijo de tus entrañas, vendrá otro sacerdote para que al menos perpetúe la vida feliz del alma (...). Ricardo, me quedo con mi destino. Creo que me ha tocado la mejor parte.

No contestaba. Había bajado la cabeza pensativo. ¡Al fin me dijo!

—Todo eso es muy espiritual, pero muy costoso.

—Claro que es costoso. Vosotros lo decís: Que no hay paternidad sin sufrimiento. Y esta abstención de la paternidad carnal la da al sacerdote la del espíritu, tanto más fecunda, cuanto sea más casto. Pero con el sacrificio va el consuelo. Tú adivinas el placer de eternizarte en un hijo. Adivina el de eternizar almas y almas en la dicha del cielo. Esto solo lo sabe el que lo experimenta. Por encima del de los cuerpos está el contacto de las almas, con un placer tan puro como la ventaja que lleva el espíritu a la materia...

—Pero eso no es para mí, chico.

—Claro que no. Ni para todos, Ricardo... Dios da la vocación con el destino. Y para que haya un sacerdote tiene que haber antes unos padres que engendren su cuerpo. El mismo Cristo instituyó los dos sacramentos: el del matrimonio y del orden.

...En el camino unos chiquillos me vinieron a besar la mano, mientras me decían:

—Padre, una estampa.

Yo le apreté el brazo a Ricardo y le dije por lo bajo:

—Fíjate cómo me llaman padre, y me besan la mano.

El sonreía en la oscuridad...".

Y termina el libro con una elegía angelical, la de Ramonín, aquella criaturita que moría a los siete años, soñando en ser cura:

*Se llamaba Ramonín
y quiso ser cura, pero
Dios se lo llevó primero
para hacerlo un serafín.
Tiene un altar de juguete,
casulla y capa pluvial,
una mitra y un bonete
que le hace en un periquete
ser cura o ser cardenal.*

*Una campana pendía
de su iglesia catedral,
que en perpetua algarabía
repicaba cada día
a misa pontifical...
Porque Ramonín quería
llegar a ser cura, pero...
la campana, ¿qué tenía,
que en silencio lastimero
trocó su loca alegría?*

*Estaba en su blanca caja
con casulla y con bonete...
Un curita de juguete,
como en su estuche una alhaja.
Curita de porcelana,
juntas las manos de nieve;
así va, con su sotana,
que ni la muerte se atreve
a helar su ilusión temprana...*

*Llena la caja de rosas;
y entre rosas su misal,
sus floreros de cristal,
su campanilla, las cosas
todas de su catedral...*

*Porque Ramonín quería
llegar a ser cura, pero...
Dios se lo llevó primero,
¿por qué se lo llevaría?*

*Cuatro amigos le llevaban
vestidos de monaguillos,
y al verle pasar, lloraban
las madres tras los visillos.*

*Dios lo esperó sonriente
y le dijo: "Ramonín,
serás cura eternamente
jugando en este jardín.*

*Tu casulla de cristal
y tu cáliz de lucero,
los cielos tu catedral,
todas las mañanas quiero
que digas pontifical".*

*Y desde entonces oía
la madre de Ramonín
la campana que tañía,
y que llamaba sin fin,
a la misa que decía
cada día, cada día,
en el cielo Ramonín.*

EL MENSAJE DE LA ASUNCION

Roma estaba de fiesta aquel 1º de noviembre de 1950. El mundo aplaudía como dogma la Asunción de la Virgen a los cielos. Y el poeta, emocionado, lanza un grito al *Sepulturero*:

*Oyeme, tú, que sales con la piqueta al hombro,
y el polvo de las tumbas en tus dedos.
Detén el pie sin ritmo,
y oye, sepulturero.*

Así comienza el bardo mejicano, para luego decirle la noticia del alma:

*Tira ese pico, que abre en tierra tumbas,
y mira: ¡están abiertos hoy los cielos!*

Y con una emoción reprimida, que solo el vate sabe expresar en poesía, pinta, describe, traza, llora, grita y canta:

*Yo ya sé que es tu oficio cavar hoyos
y echar la mujer al pudridero.
Ya sé que esta mañana has enterrado
con esas mismas manos que la hicieron,
a tu hijita pequeña, porque ayer
se le quebró como una cuerda de violín el pecho.*

No me enseñes las manos.

*Ya sé que tienen eso:
¡sangre, caricias, lágrimas y polvo,
polvo del cementerio, y besos, muchos besos!*

*Por eso vengo a tí con un mensaje
de luz, sepulturero.*

*A que vengues tu niña, y a que vengues
de nuestras hijas tantos cuerpos muertos.
¡Y que se venguen los enterradores
todos del universo!*

*Que abran de par en par la puerta ciega
de tantos cementerios,
y que griten a las tumbas entreabiertas: “¡victoria!
Una mujer se escapa a vuestro imperio!”.*

*¡Por esa hijita muerta,
anda, sepulturero!
Corre a la tierra aún fresca, y dile: “Niña,
la Virgen no se pudre”.
Y dale un beso.*

Y ordena el poeta a los cipreses, a las lápidas que tienen

un nombre de mujer en su letrero,

y a los ángeles de mármol de los camposantos, y a los gusanos, que esperen un momento:

*Y luego, ponte en la mitad exacta
del cementerio:
da una palmada fuerte con tus manos
que conocen los muertos.
Una palmada que resuene en todas
las tumbas como un trueno.
Manda que todos alcen la cabeza
y abran los ojos secos. . . .
Verán pasar por cima los cipreses
volando una mujer que sube al cielo.
Caerá una lluvia de jazmines blancos
¡y temblarán de amor todos los muertos!*

Esto es lenguaje de hombres, domesticado por unos ojos en vigilia, al pasar por las brasas del corazón. Mas él no se queda allí. Al calor de esa hoguera se acuerda de los novios, y escribe para ellos un recuerdo enternecido:

*Todos los novios rubios del universo, oíd.
Los príncipes azules del amor, escuchad.
Los que en húmedos labios lleváis fresca la miel,
y en las claras pupilas reflejada una flor. . .*

Pero son tantos, es tan plural su historia celeste, sus amores, su vida, su ilusión, que el poeta humano les va hablando como amigo, uno por uno: al “novio campesino del clavel en la boca” que le enseña su novia sin recelos al sol; al

*novio ciudadano, en el ojal el nardo,
novia de porcelana, bajo toldo de amor;*

y a aquel “novio marinero de una novia de espuma, con olor de salitre”, y al novio poeta, con la flor de un verso, y al valeroso

*novio torero, con dos novias al tiempo:
la niña en el tendido, la muerte en derredor;*

y al novio cadete, de la estrella bordada que se posó en su brazo —novia de su valor—, y también —¿por qué no?— al pobrecito

*novio sin novia, mendigo de ideales,
vagabundo perdido del país del amor...*

Para cada cual un mensaje de poesía:

*Llegad, ¡llegad los novios! Conmuévanse las sendas
con las pisadas jóvenes; júntense todos hoy.
Esta esta Reina Novia de vuestras novias vírgenes.
Novios del universo, escuchad el pregón.
¡Doblad, rodilla en tierra, vuestros ardientes músculos!
¡Abatid los pendones blancos de la ilusión!
Para esta Reina Novia, vuestro mejor piropo,
¡en la tarde dorada de su coronación!*

* * *

¡Y las serpientes ¡Las pasiones que se arrastran lúbricas
en la noche!

¡Las mujeres caídas, sin sonrisas inocentes en los brazos,
por esas calles sin luz! También para ellas una palabra compa-
siva y humana:

*que callen un instante sus rugidos hambrientos
las selvas lúbricas de la ciudad.*

*...Hoy por esta mujer que resucita,
puede, toda mujer, resucitar...*

*...Hoy el aire es aliento oloroso de María,
¡pecadoras del mundo... respirad!*

*...Que esas calles marchitas, sin sonrisas de niños,
¡tengan una sonrisa bautismal!*

*Que esos balcones lacios sin macetas
¡tengan la gracia virgen de un hogar...!*

¡Y cómo olvidar a los huérfanos? Si ellos están abriendo los brazos al cálido mensaje de la maternidad:

Los de todas las tierras; porque en cualquier paisaje la ausencia de la madre no se puede llenar.

De todas las edades; que el ser huérfano dura hasta expirar.

Los de todas las lenguas; porque el nombre de madre sabe en todas igual.

¡Huérfanos, los mutilados del corazón, cantad!

Que todas las campanas griten desde sus torres, que los hospicios aplaudan, ¡que al aire floten banderas blancas! Mas... el poeta siente, siente que el dolor de la ausencia es tan hondo..., y vuelve a llamarlos, uno a uno, con trazos magistrales de poesía, de sentimiento, con detalles tan humanos que parecen despertar de la realidad, vibrantes y conmovidos. Es como un filme en blanco y negro, sin palabras y sin embargo tan elocuente. Cada verso nos retrata una tragedia, de esas que se viven todos los días, desgarradoramente, con lágrimas del alma:

Para tí, que no acabas de mirar ese sitio vacío en mesa, que no se ocupará...

...Para todo el que ofrece las mejillas a un beso, y ese beso no llega, porque no hay labios ya...

A todo el que se asoma obstinado al camino por donde la llevaron, por si vuelve quizás...

Para todos los hombres que se acuestan sin besos y sin una bendición maternal.

Para todo el que besa un retrato gastado a fuerza de besar.

A todo el que se llega los domingos al nicho donde ella duerme en paz.

Para todos los huérfanos, para todos los solos, esta inmensa verdad:

¡Que es mentira que hay huérfanos!

¡Que esta Madre de todos no se muere jamás!...

¿Y Hollywood? No es esta la ciudad del Arte, no es una constelada bóveda.

¿donde cada mujer es una "estrella"?

Por eso la invita el bardo a que escudriñe la alta esfera; y piensa con amargura:

*Hollywood, tus estrellas, para poder ser vistas
nos apagan la luz y con tinieblas
se fabrican su noche en pleno día
porque podemos verlas.*

*... ¡Ay, Ciudad de carbones apagados!
¡Madre de las tinieblas!*

.....

*Ciudad engañadora,
¡que traficas, judía, en falsas perlas!...*

*... Hollywood, ¿por qué piden
tus estrellas, tinieblas?*

*Hollywood, al mirarlas
¿por qué se hace noche en las conciencias?*

*... ¡No las llames estrellas, es mentira!
¡Estrellas ira, es Esta!*

Y con esta reflexión intrigadora, vuelve su vista al cuerpo humano. En los hospitales, a la niña cancerosa, al muchacho "que tiene roto en rosas el pecho", al pobre ciego de la lotería, a los cartujos que martirizan sus labios en silencio, a las monjitas del convento,

*a la anciana paralítica,
vieja madre en los brazos de ese sillón eterno;
que ya es solo reliquia,
y sirve solo para darnos besos...,*

y a los hombres que en su carne

sienten rugir las hienas y graznar los cuervos;

a todos ellos una palabra de aliento, y de esperanza: ¡No llores, mira a la Virgen que sube al cielo!

*¡Aguanta, aguanta, hermano!
 Esa carne podrida es en su cuerpo
 tiesto blanco de lirios
 y jazmineros. . . .
 Oye, hermano tentado, ¿no sientes el perfume
 de sus dedos de rosa en tus dedos?
 ¿No ves que huele a flores
 castísimas, por Ella, el Universo?
 ¡Si a tu carne la muerden los chacales
 a su carne —a tu carne— hoy la corona el Verbo!*

* * *

He aquí unos de los poetas de la nueva América, que siente a lo cristiano, que ha vivido sin duda “una experiencia cristiana del mundo”, y la canta, y la expresa en un lenguaje inteligible y bello, humilde y original. No es sino que reflexionemos en los contenidos de esta poesía: ese trasfondo delicadamente espiritual que se revela en la expresión artística, los temas múltiples dentro de una unidad tan humana, el *leitmotiv* del monje poeta ante los objetos, que le llevan a interiorizar, a sacralizar todo en la vida, lo que ve con ojos de carne. Una experiencia típicamente sacerdotal.

Es la poesía que nos faltaba, con un mensaje sangrante en el estuche dorado del arte. Ahora, cuando se mira con desdén al sacerdote, “cuando se ha hecho un vacío alrededor de él”, cuando “se ha visto como un fenómeno social extraño, anacrónico, impotente, inútil e incluso ridículo...”. Y como el sacerdote debe sin miedo salir al encuentro de los hombres —porque él no es para sí sino para los demás—, ved este sacerdote con un mensaje divino en poesía.

Porque este cantor es un *jesuíta*. Se llama RAMON CUE ROMANO. De familia española, nació en Méjico.

La inspiración del jesuíta Cué es moderna y es feliz. Su verso es ágil, con la sencillez de los claveles y de las flores —que tan preferente lugar ocupan en su mundo poético—, castizo y conmovedor. Y no hemos gustado toda su producción lírica. Además de los libros mencionados, circulan de él *El pórtico de la gloria*, en Santiago de Compostela, *Baraja de Nochebuena*, *Quince años en la vida de un poeta*, *Las ciudades de Isabel* y otros.

La musa de Cué es versátil y riquísima en contenido. Faltaría analizar, desentrañar el venero copioso de sus símbolos e imágenes, que pululan casi en cada palabra —él escribe a conciencia, inconscientemente— y nos deja pensativos, con la flor de un verso en los labios, sin poderlo decir, sin poderlo estrenar, o revolviendo en el alma

*este verso imposible que no tiene aún palabras
y que es un laberinto de voces, un temblor....,*

para emplear la propia expresión suya que citábamos antes.

¿Y el mensaje? ¡Los mensajes! El mira con ojos de niño, ojos inocentes —espíritu y poesía—, penetrantes, grávidos de filosofía y de imágenes fecundas: el que lea este poeta, hoy en la madurez de la vida, queda indefectiblemente reflexionando...

Don Jacinto Benavente —el gran dramaturgo hispano— escribía una vez: “Las poesías de Cué están sobre la literatura. Sería profanación juzgarlas como literatura”. Y agregaba: “(Su poesía) nos eleva, nos mundifica, nos pone en deseo de ser mejores”.

Es este el primero de los mensajes de esta voz, de vivencia sacerdotal, de este jesuíta que va por el mundo con su esclavina de plata mejicana...